

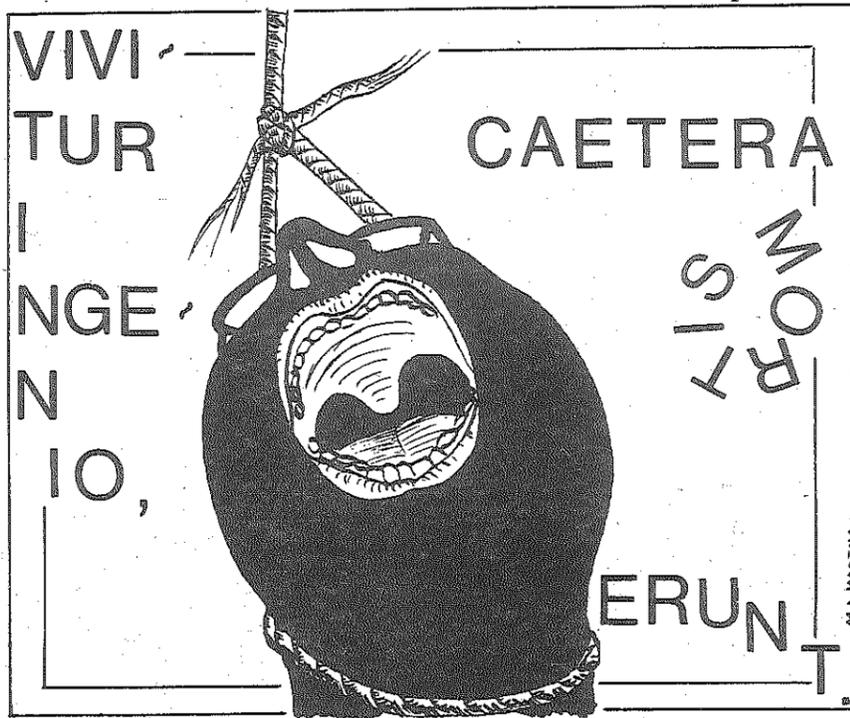
«**VENCEREIS**, pero no convenceréis», fue el último grito profético de Unamuno, cuya madre era Bilbao y cuya esposa era Salamanca, según sus propias palabras. Desde Salamanca el autor del «Sentimiento trágico de la vida», al grito de «¡Viva la muerte!», del general Millán Astray, respondió con otro grito que aún resuena en toda la aldea global. (A la acusación de que los españoles somos unos gritones, León Felipe, abogado emocional de su cultura y sociedad española, responde que fuimos quien dimos el grito de «¡Tierraaa!» y que los gritos españoles son necesarios para que nos oigan bien.) Franco venció bombardeando Guernica, pero Picasso ganó con el «Guernica» la partida ética y estética (y aún económica, que Picasso no era menos aficionado a «a la pasta gansa» que Torquemada el de Galdós, según inferimos del contrato estipulado con la República de España y de otras anécdotas contadas por Villalonga *inter alios*). El juego entre el vencer y el convencer es un viejo juego a ganar o perder en nuestra familia humana desde que Caín mató a Abel. Caín ganó el juego del vencer. Al ver a su hermano muerto, apuntó un tanto en su marcador cerebral: Caín, 1; Abel, 0. No podía ganarle el juego ético: la envidia que es flaca, le torturaba de noche y de día: «Abel te gana siempre; nunca le derrotarás; cárgatelo de una vez». Venció, pero no convenció.

En el año 560 antes de Cristo los Anás y Caifás de aquella sociedad griega, ridiculizados por Esopo en sus ingeniosas fábulas, le tendieron una trampa. Compraron a algún judas del entorno íntimo de este genial filósofo y poeta (no hay diferencia para Unamuno) para que metiera dos candelabros de oro del templo de Apolo en las alforjas de un caballo de su séquito. Lo condenaron a muerte y lo ejecutaron despeñándole desde la roca Hiampea. (Sorprendería a un mono que haya leído a Darwin el saber que el hombre ha utilizado su ingenio y fantasía para ejecutar a otro hombre con una infinita variedad de medios.

En el año 410 antes de Cristo condenaron a muerte a Pitágoras, quien acuñó la célebre frase «el hombre es la medida de todas las cosas», por sostener que no se aclaraba del todo con el tema de la existencia y naturaleza de los dioses. En el 399 antes de Cristo «los once» dieron a beber la cicuta a Sócrates, padre de Platón y abuelo de Aristóteles —en el sistema de parentesco de la «República del Conocimiento» (en feliz expresión de John Locke)—. Contrasta la actitud de «los once» que vencen a Sócrates, con la de este sabio ejemplar que tiene el detalle de bañarse antes de tomar la cicuta porque ha observado que las esclavas que

JOSE ANTONIO JAUREGUI

## Homo homini



M. A. MORENO/ESPECIAL D-16

son funcionarias de la cárcel, se lo pasan mal lavando los cadáveres de los ejecutados. Contrasta la actitud de «los once» con la del esclavo que le trae la cicuta y le da un abrazo llorando: «Tú, Sócrates, no eres como otros ejecutados». Sócrates emocionado le da un abrazo fraterno: «Cumple con tu deber. Hasta siempre». Tampoco les hace ninguna gracia a los sumos sacerdotes de la sociedad de Cristo que venga un «cantamañanas» a denunciar sus acciones sórdidas y que les llame «razas de víboras», «sepulcros blanqueados», mientras que afirma que el samaritano o la furcia del barrio pueden ser unos santos, aceptos a los ojos de Dios. Se unen inmediatamente suegro y yerno —Anás y Caifás— con su enemigo a muerte Poncio Pilato, para quitarle del medio como sea a alguien tan peligroso. Vencieron, pero no convencieron.

Debemos sopesar un hecho antropológico sorprendente: la cruz, o sea la silla eléctrica de la sociedad judía, símbolo de la mayor vergüenza, de la mayor ignomi-

nia, se convierte para millones de seres humanos en un objeto del mayor respeto, culto y veneración. Les salió a los anases y caifases el tiro ético y estético por la culata (y eso que no fue promocionada la crucifixión por la Coca-Cola, ni tuvo Cristo asesores de imagen. ¿Será que a la larga el buen paño ético en el arca estética se vende?)

En 1591 quemaron en Roma a Giordano Bruno, prefiriendo éste renunciar a su cabeza antes que a sus ideas. En 1553 al que descubrió la circulación sanguínea, a Miguel Servet, los suizos que, además de fabricar relojes y acumular billones en las cuevas o cavernas del Poderoso Caballero, de Quevedo, pueden también, como seres humanos/inhumanos que son, quemar a seres humanos, le dieron fuego a los libros de Servet y, de paso, al autor. Miguel Servet le pidió a Calvino a ver si éste, por piedad, pudiera cortarle el cuello con el hacha en vez de quemarle. Calvino le dijo que no estaba de humor para permitirle unos tales caprichitos. Giordano

no Bruno y Miguel Servet ganaron el juego ético y estético.

En esta era de ordenadores y de misiles, de Mahatma Gandhi y de Auschwitz, de Hiroshima y del cuadro de «Guernica» (¿falta el Picasso japonés que lo pinte?), en esta era, digo, Caín, «los once», los anases y caifases siguen matando, siguen venciendo, siguen corroborando una sentencia que me llamó la atención en Auschwitz: «Homo homini»: «El hombre al hombre».

Sigue el hombre matando al hombre: han caído vencidos seis jesuitas españoles en El Salvador; han caído vencidos guardias civiles españoles que amaban a sus mujeres, jugaban con sus niños; ha caído vencido Josu Muguruza. ¿Se puede vencer y convencer? ¿Se puede matar a un ser humano en nombre del progreso, de la justicia, de la democracia, de la liberación de Dios...? ¿Se puede pasar el nombre de la libertad por la silla eléctrica a toda la ciudad de Hiroshima y Nagasaki?

En mi estancia de siete años en Los Angeles viví de cerca un episodio muy humano e inhumano. Desapareció un buen día Mary Hooley, una joven de veintidós años, inteligente, dulce, bondadosa, llena de vida. Durante una semana en los telediaros de la ciudad se mostró su fotografía y la UCLA ofreció una buena recompensa a quien ofreciera alguna pista. Al cabo de una semana apareció su cadáver flotando en la playa de Santa Mónica. Su padre, un decano de la UCLA y querido amigo mío del alma, me dijo: «Tú no sabes lo que es tener ganas de matar, porque no han violado y asesinado a tu hija. Pero me he encontrado una carta que escribió Mary a Cristo en la que pide a Dios que perdonemos de corazones a nuestros enemigos. Yo la rezo todos los días, aunque me sangra el corazón.» Aquí, tal vez radica la frontera genética del hombre y del mono —con permiso de Carlos Darwin—. Puede el hombre preferir «morir de pie a vivir de rodillas»; puede preferir dar su vida denunciando a «los once» y a los anases y caifases; pueden salirse del odio, de las ganas de venganza y ganar el juego del perdón.

Don Quijote, después de morir, pasó cabalgando por las puertas del infierno y leyó el letrero horrible del Dante «Los que entréis aquí, perded toda esperanza». Montó en cólera Don Quijote, arrancó el cartel de marras, abrió las puertas del infierno y dijo a los condenados: «Seguidme».

Llevó Don Quijote a todos los condenados al cielo. El Padre Eterno los acogió a todos con una sonrisa infinita. En una parábola de Unamuno.

José Antonio Jauregui es profesor de la Universidad Pública de Navarra.

ANTONIO PAPELL

## Un gran consenso

LA fecha mágica de 1993 supone para España dos grandes retos, al margen de las conmemoraciones singulares que harán de nuestro país el foco de la atención mundial durante 1992.

De un lado, la incorporación plena a Europa, con la entrada en vigor del Acta Única y la materialización del Mercado Interior, nos obliga a ultimar el arduo proceso de preparación, en términos de competitividad. Derribadas las fronteras y acabados los proteccionismos, nuestra actividad económica corre el riesgo de verse desbordada por la afinada competencia de nuestros socios comunitarios. En consecuencia, urge un generalizado esfuerzo por mejorar nuestra productividad, por adaptar las redes de comunicaciones, por incrementar la iniciativa industrial, con vistas a un evento que tanto nos puede dejar en la cuneta como arrastrarnos definitivamente hacia el desarrollo europeo.

De otro lado, los acontecimientos ocurridos en el Este de Europa van a desplazar a medio plazo el centro de gravedad de la Comunidad Europea hacia el norte, con lo que España puede quedar relegada a una situación claramente periférica. Ello obliga a que nuestro país haga lo posible por acelerar el proceso de integración comunitaria, manteniendo irrevoca-

blemente vivo el concepto de cohesión, de modo que cuando se plantee efectivamente la incorporación de las naciones orientales al Mercado Común, España se haya insertado ya plenamente en los niveles medios del desarrollo comunitario. No hay que olvidar que muchos de estos países que empiezan a llamar a la puerta de la CE son competidores potenciales directos de España en el campo de las tecnologías medias, ni que, una vez normalizados políticamente, pueden atraer muchas de las inversiones extranjeras que actualmente se dirigen a España.

Ambos cometidos, el de la preparación económica para el Mercado Único y el de la presión sobre la CE para acelerar y fortalecer el proceso de integración, requieren sin duda un gran consenso de todas las fuerzas políticas españolas. Si éstas fueron capaces de elaborar la Constitución porque era pieza básica de nuestra convivencia, han de repetir ahora la experiencia para lograr que fructifique este periodo cuasi constituyente —así lo ha llamado ya alguna fuerza política— en el que nos jugamos la identidad supranacional y, con ella, nuestro futuro.

Por ello, la convocatoria de González para este consenso es razonable. Sólo falta que, como ya ha ocurrido otras veces, las buenas intenciones no queden reducidas a volátiles palabras.

- LE VOY A DAR CIEN PESETAS PERO LE TIENE QUE EXPLICAR A MI ESPOSA COMO HACE PARA NO ENGORDAR

